

ro visitó estas regiones, no dejé de asombrarme cuando recibí la targeta que hizo ella subir para saber si estábamos en disposición de recibirla. Mayor fué mi sorpresa al encontrar que á despecho de los años y de los surcos que el tiempo tiene á bien hacer en los mas amables rostros, conserva *la Güera* todavía abundantes bucles rubios sin una sola cana, una blanca y hermosa dentadura, ojos muy preciosos y mucha vivacidad.

Su hermana la marquesa de Uluapa que murió últimamente, era tambien, á lo que dicen, muger de gran talento y extraordinaria soltura en la conversacion. Ved aqui otra dama de la antigua nobleza que ha desaparecido. El médico que la asistió en su última enfermedad, cierto frances, llamado Plan, que goza aqui de grande reputacion, ha presentado á los albaceas de la señora una cuenta que asciende á diez mil pesos, y que á pesar de no haber absolutamente causado mucho asombro, rehusa la familia pagarla, de lo cual ha resultado un proceso. Las extorsiones de los médicos en México, con especialidad las de los extrangeros, han llegado á tal extremo, que una persona de mediana fortuna debe meditar mucho antes de ponerse en sus manos. (\*) Una señora vieja, rica y de salud delicada, que no tenga una enfermedad grave, es para ellos un tesoro mas seguro que una mina de plata.

Es la *Güera* muger muy agradable y una verdadera crónica ambulante „está casada en terceras nupcias y ha tenido tres hijas, todas hermosuras célebres; la Condesa de Regla, que murió en Nueva-York, y fué enterrada en la catedral de aquella ciudad, la marquesa de Guadalupe, tambien difunta y la marquesa de A--o que vive aun y es una hermosa viuda. Hablamos de Humboldt y haciendo ella mencion de sí misma como si fuera de tercera persona, me refirió todos los pormenores de la primera visita del baron y la admiracion que ella le causó; que era entonces muy jóven, aunque ya casada y con dos niños, que cuando Humboldt vino á ver á su madre, estaba ella sentada cosiendo en un rincon donde él no llegó á verla hasta que conversando seriamente sobre la cochinilla, preguntó si

(1) El gobierno mexicano ha tomado posteriormente en consideracion este negocio, y segun el reglamento qua está formando, necesita un médico de cierto grado de conocimiento y de haber residido en la capital por un tiempo fijo, antes de que se le permita ejercer su facultad. Igualmente se ocupa el gobierno en formar un arancel para los médicos.

podria visitar cierto distrito en que habia un plantío de nopales, á lo que respondió la *Cüera* desde su rincon.—„Ciertamente que sí y podemos llevar allá al Sr. Humboldt.—Echándola de ver entonces el baron, se quedó pasmado y exclamó al fin, „¡Válgame Dios! ¿Quien es esa jóven? Despues de esta ocurrencia estaba constantemente con ella, quedando, segun se dice, mas prendado de su talento que de su hermosura, y considerándola como una especie de madama de Staël occidental. Todo esto me induce á sospechar que tan grave viagero quedó considerablemente fascinado y que ni montes, ni minas, ni geologia, ni geografia, ni conchas petrificadas, ni alpenkalkstein, le tenian tan ocupado que no dejasen una ligera capa de amabilidad. Es un consuelo pensar que „á veces dormita aun el gran Humboldt.

Una de las anécdotas de la *Güera* es demasiado original para que la pase yo por alto. Habiendo muerto en México una dama de alta gerarquía, quisieron sus deudos que fuese á su última morada, segun la moda entonces dominante, es decir con el traje mas suntuoso, que era el que habia estrenado el día de su boda, y que, aun para México era de un lujo prodigioso. Era del mas fino encaje, la guarnicion de una especie de punto que costaba 50 pesos la vara, y adornado de trecho en trecho con moños de liston ricamente bordados de oro (no habia otro igual). Así fué colocada en su atahud la condesa de--, habiendo concurrido muchos queridos amigos para ver su hermoso *vestido fúnebre*. Finalmente fué depositada en su sepulcro, cuya llave fué entregada al sacristan.

Pasar de la huesa á la ópera es una transicion muy violenta; no obstante, ambas tienen que hacer en esta historia. Apareció en México una compañía de danzantes franceses, no de primero, sino de vigésimo orden, y la bailarina en jefe era una francesita, que se distinguia por lo alto de sus tunicelas, por su coqueteria y sus asombrosas piruetas. Cierta noche en que la señorita Paulina iba á ejecutar un paso favorito, se presentó al público haciendo una serie de cabriolas y descansando sobre el dedo gordo del pié, miraba en su rededor pidiendo aplauso, cuando repentinamente se dejó oír en la concurrencia un grito de horror acompañado de un murmullo de indignacion. ¡Paulina estaba ataviada con el mismo traje con que la difunta condesa fué enterrada! Encaje, guarnicion, listones bordados de oro; imposible era

equivocarlo. Apenas cayó el telon cuando la bailarina se vió rodeada de autoridades competentes, que la interrogaron sobre el modo como hubo aquel vestido. Respondió ella que lo habia comprado sumamente caro á una modista francesa que habia en México, y que lejos de haber despojado algun sepulcro habia pagado el valor de su vestido en onzas de oro. Se dirigió la justicia á la habitacion de la modista, quien resultó así mismo inocente, pues lo habia comprado á uno que habia venido á proponérselo y lo pagó mas que á peso de oro, lo que efectivamente valia. A fuerza de averiguaciones se identificó al hombre susodicho y se probó que era el sacristan de San—. ¡Qué estúpido sacristan! Fué prendido y encarcelado, pero de su codicia resultó un bien, pues para evitar en adelante semejantes tentaciones á los futuros sacristanes, se volvió costumbre vestir á los muertos con magnificas ropas y dejarlos así algun tiempo, mas teniendo cuidado de sus útillos con otros sencillos antes de depositar-

los en las bóvedas.—¡Miserable vanidad despues de todo!

Una señora de esta ciudad me ha contado que cuando murió un nieta suyo, no solamente fué envuelto en rico encaje, sino que los diamantes de tres condesas y cuatro marquesas, despues de reunidos fueron colocados sobre él. Collares, brazaletes, sortijas, broches, y diademas, valioso todo varios centenares de miles de pesos. Se pusieron cortinas en las calles y estaba tocando una banda de músicos, mientras que los parientes titulados venian á visitarle y presenciar tan fúnebre esplendor. ¡Pobre niño! Le lloró su madre como al último vástago de una noble casa, como á su esperanza postrimera que vió desvanecida. Es cierto que el dolor se manifiesta de mil modos, mas pudiera pensarse que cuando busca consuelo en la ostentacion, ha de ser menos intenso que cuando huye de ella.

(Trad. por L. M. de C.)

## UNA NOCHE.

Oscura y triste es la noche,  
Cual de infeliz la esperanza,  
Airado el cielo retruena,  
El aire en las nubes brama.  
Parece que el fin del mundo  
La tempestad amenaza,  
Y mientras el hombre duerme  
La muerte vela en su guarda.  
Medroso el buho se oculta,  
Y si osa asomar la cara,  
La luz del rayo fulgura  
Y lo deslumbra y lo espanta.  
Nada se mueve: en sosiego  
Toda la ciudad se halla.  
¡O noche de asombro llena,  
Precursora de desgracias!  
La borrasca se disipa  
El viento abate sus alas  
Y de agua un raudal torrente  
Por cada canal se lanza.  
Todas las calles se anegan,  
Y los templos y las casas

Palacios de hadas parecen  
Naciendo de entre las aguas.  
Al monótono rüido  
De la lluvia y granizada  
Se mezcla el tétrico son  
De alguna triste campana  
Que anuncia al hombre las horas  
¡Horas terribles y amargas,  
Para el insomne infeliz  
Cuitado por la desgracia!  
Horas robadas al sueño  
Por el que piensa en su amada,  
Y que las cuenta escribiéndole  
Alguna amorosa carta,  
O que el agiotista torpe  
Alegre en orgías pasa,  
Y sófoca su conciencia  
Con el humo de la crápula.  
Horas en que el mandarin  
Piensa, infame, de su patria  
Remachar la vil cadena  
Que la ambicion le prepara



Horas en que.... pero ya  
De tanta digresion basta,  
Horas en fin en que todos  
Hacen lo que les agrada  
Unos duermen y sueñan,  
O rien á carcajadas  
Y cada uno lo que quiera  
Puede hacer muy á sus anchas.  
Volvamos, pues á la noche  
Que está ya casi olvidada.  
¡Maldita imaginacion  
Que tan lejos nos arrastra!  
Decia yo que el reloj  
Ya la horas anunciaba  
Del descanso y del fastidio,  
De los duendes y las hadas.  
Horas en que la alma en pena  
Deja las tristes estancias  
De los muertos, y visita  
Esta vida mentecata.  
Horas en que Lucifer  
Tienta las almas en gracia,  
Y en que con cera el travieso  
Anda pegando pestañas.  
Horas en que las doncellas  
En su recato fiadas,  
Yntroducen los amantes  
Adentro de sus recámaras.  
Horas en que...ya otra vez  
Me he distraido en soflamas?  
¡Malditas sean las horas  
Que tanto así me divagan!  
Olvidarémolas ya  
Si no vuelvo á las andadas,  
Y seguiré con mi noche  
Hasta ver en lo que para.  
Sonó el reloj y á lo lejos  
Sobre de una inmensa charca  
Se oyó un ahullido espantoso  
Cual de infernal algazara,  
Capaz de imponer pavor  
Aun á las precitas almas;  
Que arredrara á Belzebú  
Si Belzebú lo escuchara.  
Voz crispante y melancólica,  
Tétrica y desentonada  
Que lleva el viento en sus pliegues  
Y repiten las montañas.  
Voz del hombre agonizante,  
Que en los campos de batalla  
Rota la cárcel del pecho  
Se exhala por la garganta.  
Voz terrible de anatema,  
Preámbulo de la venganza  
Que ya está al hombre rebelde  
Ab eterno aparejada.

Voz del que.... ¡maldita voz,  
Aullido ó como se llama!  
¿Quien creyera que esta voz  
Tan de quicio me sacara?  
Se oyó esta voz, voz terrible,  
Y al punto vese en el agua  
Un monstruo (tal vez marino)  
Que con toda prisa nada.  
Como en la estensa llanura,  
Por los perros fatigada  
Vuela la afligida corza  
Huyendo de fuego y balas.  
O mas bien, como el bajel  
Al que dá caza el pirata  
Vira y se lanza veloz  
A la mas cercana playa,  
Rizando en cándida espuma  
La tersa, luciente y clara  
Superficie del Adriático  
O del canal de la Mancha.  
Y ya se pierde en las simas  
De las ondas irritadas  
O ya toca las estrellas  
Con el trinquete y las jarcias  
Y desea ver el puerto,  
Y soltar las graves anclas,  
Y...;hasta cuando acabará  
Esta insufrible cantata?  
Aquél monstruo ó sabandija  
(Son sinónimas palabras)  
Surca el cristal movedizo,  
Llega á un dintel y se salva.  
Ocultándose cuidadoso  
Como tras de nube blanca  
Oculta la triste luna  
Su luciente faz de plata.  
O como tras la pared  
Se oculta por arte mágica,  
De algun celoso marido  
Algun vestiglo ó fantasma.  
Ocultóse el animal  
Y en la calle solitaria  
Un nuevo grito turbó  
El silencio que reinaba.  
¿Es la voz de alguna bruja  
Que convoca á sus hermanas  
A sus juntas misteriosas,  
O que pregona sus mañas?  
¿O es grito de maldicion  
Contra nuestra infeliz raza?  
No es nada de eso, Dios mio,  
Otra cosa mas amarga  
Anuncia ese grito lúgubre  
Ese grito de plegaria....  
¿Que dice? Dios me dé esfuerzo.  
Aquí ha parido una rata.—F. G.

# UN REQUERDO.



## I.



UAN noble y poético es el Rhin!  
¿Que admirable seguir sus ondulaciones llevado suavemente por sus ondas, dando libre curso á la caprichosa imaginacion! Sus laderas tan verdes, las montañas salvages, las viñas que caen en graciosos festones sobre la pradera, y las ruinas que coronan este paisaje retratándose en las cristalinas aguas! Dios mio! que cuadro tan encantador y tan sublime! Es preciso haber perdido toda esperanza, toda inspiracion para no sentir vivamente esta influencia irresistible; es indispensable que el corazon se halle despedazado, las lágrimas agotadas y el alma seca, para no encontrar entusiasmo y ensueños al aspecto de este magnífico espectáculo. Aquí es donde el ser supremo nos habla, y contemplando estas maravillas escuchamos su lenguaje; en estos lugares se siente, se ruega y se perdona.

En 1670, dos años antes de la última entrada de las tropas francesas en Alemania, á las órdenes del gran Condé, el día 2 de Junio cerca de las seis de tarde, una jóven subia lentamente la colina que conduce al castillo de Frauberg, cantando una de esas canciones alemanas tan dulces y melancólicas, llevando una gran porcion de rosas blancas que acababa sin duda de cortar en un jardin situado en la orilla del rio y que formaba una especie de península que se percibia á mucha distancia. Este jardin parecia un canasto de flores; las cercas formadas por los rosales silvestres que lo rodeaban y que parecian ser su única pared, estaban cubiertas de mil estrellas blancas y color de rosa; las lilas, los lirios, los naranjos y los mirtos en cajones verdes, limpios y relumbrosos, embalsamaban el aire y encantaban la vista. La jóven de cuando en

cuando volvía la cara para mirarlo como si se despidiese de él por la última vez, y despues continuaba gozosa su camino y entonaba de nuevo su cancion, dichosa con aquella indiferencia que se tiene á los 17 años, fugitiva como las flores, y que como ellas, no deja en la mente mas que un perfume vago que muy pronto se disipa, pero que jamás se olvida. Cuando llegó á la puerta del castillo se detuvo; tiró del cordon de una campanilla, á cuyo sonido contestó un paso tardó y arrastrado. Se abrió la puerta, y un anciano de estatura alta, vestido con una especie de librea verde y encarnada muy raída, la recibió con la mas tierna sonrisa.

Atravesaron una gran sala de bóveda medio destruida, y llegaron á una especie de verjel, en el que aun habia algunos árboles bastante robustos, colocados irregularmente y rodeados de las piedras caídas de las murallas y de los torreoncillos derribados por el tiempo. Un poco mas adelante del edificio principal, un pabellon sin techo que en sus cuatro lados tenia unos arcos diagonales góticos, presentaba un lugar de retiro delicioso y una vista sublime: el Rhin con su multitud de tortuosidades que forman justamente un codo en la punta del jardincito que he mencionado; á lo lejos la hermosa y vasta fortaleza de R... levantando sus orgullosas torres hasta los cielos, sobre la cual flotaba en anchos pliegues la bandera imperial; los campanarios de una abadia vecina que heridos por los espirantes rayos del sol parecian de oro bruñido, las chozas esparcidas en el valle, los ganados que volvian tranquilamente á sus establos, los botes de los pescadores que hendian velozmente el rio en todas direcciones, presentaban un cuadro tan vivo, tan animado y cercado de un marco tan rico, que tanto la jóven como su padre á pesar de es-



tar acostumbrados á gozar diariamente de este espectáculo, no pudieron menos que detenerse absortos contemplándolo.

Repentinamente oyeron tocar la campanilla.

—„¿Quién vendrá á esta hora?“ exclamó el anciano.

—„Padre mio, id pronto á abrir; será quizá algun viagero extraviado ó algun mensajero de monseñor: oigo pisadas de caballos.“

El anciano volvió á entrar por las ruinas y sin abrir la puerta habló algunos instantes con los viageros y los hizo entrar á muy poco, haciéndoles mil cortesías y cumplidos saludos. Era un gentil hombre jóven seguido de su lacayo y vestido con el mas elegante traje de la corte de Luis XIV; en su semblante pálido y melancólico se notaba la fatal impresion que se pretende haber advertido en el de las personas cuya existencia debe ser muy corta; se presentó con desembarazo pero con modales nobles y llenos de afabilidad.

—„¿Con que consentis, amigo mio, en darme hospitalidad?“—„Con mucho gusto monseñor, y á mucha honra lo tengo.“

—„¿Donde estoy pues?“

—„En el castillo de Frauberg, que pertenece al Sr. Baron de Frauberg, de quien soy portero.“

—„Ah! muy bien! ¿Y esta hermosa jóven es vuestra hija?“ dijo viendo que Lena se levantaba.

—„Si, monseñor, dispensadla; está ocupada trenzando las guirnaldas que han de servir para la fiesta del Corpus que se celebra en la aldea inmediata.“

El extranjero no podia quitar sus ojos de aquel rostro celestial, que la timidez y el pudor habian bañado con una ligera tinta de carmin, ni de las flores que la rodeaban y de una corona de rosas blancas que tenia en su cabeza y la hacia parecer una victima adornada para el sacrificio.

—„Puesto que teneis á bien recibirme, dijo el jóven, despues de un intervalo de silencio, os pediré algunos auxilios, pues á una legua de aqui cai del caballo, me he lastimado y con infinito trabajo he llegado al castillo.“

Lena abandonó sus guirnaldas, y su padre corrió hácia la entrada de una de las alas del castillo suplicando al viagero los siguiese, y ambos lo llevaron á un cuarto muy aseado aunque desprovisto de muebles; reconocieron el golpe é inmediatamente proce-

dieron á curarlo, prodigándole los mayores cuidados; jamás se ha visto desempeñar la hospitalidad con mas esmero.

Algunos dias pasaron. Luis, este era el nombre del extranjero, no salia de su cuarto sino para bajar al patio donde pasaba el tiempo hablando con Lena, haciéndola cantar las canciones del pais ó escuchando sus leyendas, y sobre todo admirándola y contemplándola coronada de rosas blancas, pues este era su adorno favorito.—El se lo habia rogado tanto! ¡Desventurada Lena! El veneno, introduciéndose poco á poco en su tierno corazon, lo iba acostumbrando á las conversaciones y pasatiempos amorosos, que llenan la existencia y que sin ellos no se puede vivir; sin sentirlo se iba apasionando de un incógnito que debia dejarla muy en breve, llevándose la felicidad y el reposo de su existencia que hasta aquí habia conservado inalterable.—Lo amaba con toda su alma.—Pobre Lena!

II.

Las puertas de un magnifico salon dorado, acababan de abrirse en el castillo de Versailles, donde la marquesa de Montespan sentada frente de su tocador, recibia los homenajes de los cortesanos que presurosos venian á presentárselos. Iban y venian en la pieza hablando entre sí y dirijiendo de tiempo en tiempo algunas galanterias á la divinidad del día, recibiendo de ella esas respuestas tan picantes que ni á un amigo perdonan. Gran concurrencia debia asistir por la noche á la corte. La Sra. de Montespan hacia colocar en derredor de su cabello las famosas perlas de la mariscal del Hospital y ponía en su frente una corona de rosas blancas.—En este momento anunciaron al duque de Longueville.

Venia á despedirse de la favorita del rey antes de irse á unir con su ejército; se presentó con un semblante despejado y lleno de calma en medio de estos jóvenes locos tan dispuestos á reirse de cuanto pasa en el mundo.—Todos le cedieron el paso, se adelantó hácia la marquesa y tomó asiento á su lado. La hermosa Athénaïs le dirigió una de aquellas miradas que habian seducido al rey *mas grande del mundo*, y le preguntó si su equipage estaba listo, si muy pronto iba á ponerse en camino, añadiendo á estas algunas preguntas de política y de interes que no podia rehusar al sobrino del Sr. le Prince. Muy medidas fueron todas las contestaciones del jóven duque de quien madama de Sé-

vigné dijo: “Jamás se han reunido virtudes tan sólidas; no le faltaban sino algunos vicios, es decir, un poco de orgullo, de vanidad y de altivez; pero en cuanto á lo demás, mas nadie ha llegado tan cerca de la perfeccion: no hay elogios dignos de él; con tal que estuviese satisfecho de si mismo, le bastaba.“

Todos hablaban de la marcha del rey y de los gentiles hombres; y quizá la favorita era la única que ignoraba el plan de campaña; unos hablaban del Issel, otros del Rhin, y algunos del sitio del Maestricht;—„¿Sabeis á donde iremos, monseñor?“ preguntaban todos, —„Lo ignoro,“ respondió el jóven príncipe; „mi tío reserva mucho sus secretos.“

—„Pero señor,“ replicó la Sra. de Montespan, „vos conoceis el pais, ¿no habeis hecho ya un viage hace dos años, ese viage de que volvisteis tan triste y padeciendo tanto?“

El príncipe nada contestó: sus miradas estaban fijas en la corona de rosas.—Mil recuerdos se despertaron en su imaginacion y cuanto lo rodeaba desapareció para él como por magia, volvió á ver un cuarto pequeño en un antiguo castillo, un rostro de ángel adornado con flores semejantes, oyó sus cantos nocturnos que respiraban armonia y encanto, escuchó aquellas dulces palabras que salian del corazon y envolvian su alma en esa atmósfera de amor y de inocencia que en otro tiempo respiró con tanta delicia; en seguida se le representó la misma imágen con el rostro encantador bañado en llanto, el cabello en desorden y puesta de rodillas exclamando llena de desesperacion „Luis, me abandonas, ¿cuando volveré á verte?“

Su boca respondió „muy pronto“ pero su conciencia, „jamás!“—y desde entonces un remordimiento atroz amargaba su vida, se echaba en cara la suerte de aquella tierna planta marchitada por él, y le habia pesado de su debilidad sin atreverse á indagar las consecuencias. En este momento, en medio de una corte loca y brillante aquellas imágenes algo borradas (por la mano del tiempo se agolparon sobre su frente y sin poder descharlas, le parecia que aquella voz destrozadora aun resonaba en sus oidos.—„Luis, me abandonas, ¿cuando volveré á verte?“

La Sra. de Montespan cuando notó su estado y que su imaginacion estaba preocupada se sonrió y le dijo.—„Muy serio estais y muy distraido; no me prestais atencion, y por lo que veo, estais abismado en las mas pro-

fundas meditaciones de vuestro porvenir y de vuestras esperanzas.“

—„Señora, es un recuerdo!“

El mismo dia y á la misma hora, en una antigua habitacion de las orillas del Rhin, estaba en su tocador una jóven sin que persona alguna trezase su cabello ni viniese á elogiar su hermosura; en lugar de un salon dorado, ocupaba una pieza de bóveda, en lugar de candelabros de oro y esmalte, habia una lámpara cuya luz se opacaba por los argentados rayos de la luna que pasaban al través de una ventana gótica. Sobre su tocador habia tambien un collar de perlas y una guirnalda de flores, pero el collar desensartado y la guirnalda marchita.—La jóven se desnudaba lentamente, sus lágrimas descendian veloces bañando sus mejillas y pronunciaba con voz débil algunas frases ininteligibles interrumpidas por los sollozos; sus ojos recorrian su modesto aposento, y volvian á fijarse involuntariamente en la corona que procuró colocar de nuevo en su frente.

„Ya no me sienta, mi hermosura desapareció con mi dicha; me ha abandonado y hace seis años que no sé de él. Seco está mi corazon como estas flores;“ y al pronunciar estas palabras, las arrojó lejos de sí, pero sus ojos aun no pudieron dejar de verlas. Este adorno antes tan fresco y ahora sin color y marchito, era verdadero emblema de su vida.

„Oh Dios mio!“ exclamó arrodillándose „esto es lo que me queda de un amor tan dulce, de aquella felicidad tan pasajera, algunas perlas que se desprenden, algunas rosas que se marchitan . . . en su corazon quizá el olvido! y en el mio un recuerdo que jamas se borrará!“

III

El dia 2 de Junio de 1672, el rio que habiamos visto tan tranquilo al principio de esta narracion, acababa de ser testigo de una sangrienta batalla. El príncipe de Condé á la cabeza de su ejército triunfante lo habia pasado á nado como un verdadero pala din.

En un convento de las hermanas de la Misericordia, situado en la orilla del Rhin, muy cerca del teatro del combate, preparaban las enfermerias para los heridos; las piadosas mujeres rogaban fervorosamente al Todopoderoso que salvase sus almas y se disponian á hacer cuanto pudiesen para salvar sus cuerpos. La supe-



rora hizo venir á varias novicias con su maestra, y las ordenó estuviesen listas para ir al campo de batalla con el objeto de recoger á los desdichados que estuviesen en estado de necesitar de sus auxilios. Mientras que las hermanas de mas experiencia escogian las medicinas convenientes, salieron del claustro cubiertas con sus velos; y con el corazon lleno de sentimientos de caridad, se hicieron guiar hácia los infelices que exigian sus cuidados. El sol doraba con sus últimos rayos las almenas de Frauberg y las veletas del monasterio; el jardin ya no embalsamaba el aire con sus suaves aromas, y los camellones incultos no producian mas que zarzas. Estaba poco mas ó menos como hacia dos años; á la agitacion del combate sucedió la calma y el lúgubre silencio de la noche. Cuando se acercó la barca que conducia á las religiosas á la orilla opuesta, se adelantó hácia ellas un hombre lleno de sangre y de humo, que estaba en pié junto de otro mas jóven que él y de un cadáver cubierto con una capa. „Hermanas mias, las dijo, ¿quereis recibir en vuestro convento al príncipe de Condé que ha sido herido, al duque de Borbón y el cadáver del de Longueville que fué muerto esta mañana combatiendo valerosamente a su lado?»

La maestra de novicias se inclinó ante el vencedor, y obedeciendo sus órdenes pusieron en la barca esta fúnebre y noble carga.

„Sor Luisa, dijo la maestra de novicias, conducid á mis señores á nuestra madre y orad entretanto junto al cuerpo por el alma del jóven príncipe, que Dios nuestro Señor ha tenido á bien llamar á su augusta presencia.»

El príncipe de Condé con el duque y algunos oficiales se pasaron á la embarcacion y se pusieron en un extremo de ella, colocando en el opuesto el cadáver; la jóven hermana se hincó cerca de él; estaban solos, y un deseo irresistible de contemplar la cara del príncipe arrebatado del mundo en la flor de su edad, la hizo levantar un poco la capa que la cubria.

„¡Cielos!” exclamó prosternándose y casi fuera de sí „¡el es!”

Lena, ahora Sor Luisa, acababa de saber al mismo tiempo el nombre y la suerte del hombre á quien tanto habia amado, y cuya ausencia la habia hecho retirarse del mundo. No derramó una sola lágrima; el alma que recibe golpes fuertes no llora, ruega!

Las aguas del Rhin corrian tan bellas y tan cristalinas como en otros tiempos de dicha, la bandera imperial flotaba como siempre sobre el fuerte de R . . . ninguna alteracion habia en este admirable paisaje, ninguna sino en la vida de una jóven, marchitada como las flores que con sus propias manos habia plantado.—(Traducido por L. M.)

## ANACREONTICA.

**L**ERENA está la tarde;  
La brisa corre blanda,  
Y en el azul del cielo  
Aureo celage vaga.  
A la risueña quinta  
Conmigo ven, Anarda,  
A disfrutar mil goces  
En deliciosa calma.  
Allí de lindas flores,  
Vistosa una guirnalda  
Enlazaré á los rizos  
Que tu candor realzan.  
Y entonces, dulce amiga,

La reina soberana  
Serás de la hermosura  
De mi querida patria.  
A orillas del torrente  
Que ciñe la comarca,  
Inspirarás mi lira  
Y cantaré tus gracias:  
Que en medio del bullicio  
Y pompa cortesana  
La cándida inocencia  
Pierde su brillo, Anarda,  
Cual pierden sus colores  
Las florecillas varias,

Si viento impuro sopla  
Bellisima aldeana.....  
¡Ay! ven ángel del cielo;  
La tarde sosegada  
Hoy al placer convida  
Nuestras ardientes almas.  
Ven; y el fragante aroma  
Que vaga entre las auras  
Respirarémos libres,  
De amor ante las aras.  
Que allí un altar sagrado  
Mi amor al tuyo alza,

Donde serás, querida,  
Al punto proclamada:  
De la hermosura reina  
Modelo de las gracias,  
Y en fin, jóven amable,  
La Vénus mexicana,  
A la risueña quinta  
Conmigo ven, Anarda,  
A disfrutar mil goces  
En deliciosa calma.  
Pachuca. Mayo de 1844.

SEBASTIAN SEGURA.



I.



RA la caída de la tarde: El sol llegaba á su ocaso y sus últimos rayos se reflejaban en las tranquilas aguas del mar de Lerma, dejando ver el mas hermoso cuadro de la naturaleza. ¿Quién es esa jóven bella como la primera sonrisa de un niño, que parece tan inocente como las flores, tan pura como los ángeles? ¿Por qué contempla estasiada el magnífico cuadro que se ofrece á su vista? . . . Por un lado las elevadas torres del castillo de San Miguel; á su espalda altas montañas; á su izquierda un verde llano en el que se veian esparcidos aqui, y allá altos cocoteros; á sus piés el mar pacífico y cubierto de infinidad de barquillas que volvia de pescar y cuyos marineros cantaban despidiéndose con júbilo del luminar del día.

La jóven volvia frecuentemente sus bellos ojos azules hácia una bonita y sencilla casa que se divisaba al pié de los muros del castillo, y de la que á poco vió salir un jóven á cuyo encuentro se levantó rápidamente.

„¿Qué haces aquí tan tarde, Ana? dijóla el jóven fingiendo enojos: no parece sino que te

has empeñado en incomodarme; bien sabes que me disgusta infinito el encontrarte sola á tales horas y en sitios tan solitarios; todavía eres demasiado niña y no sabes el peligro á que te espones.

—¡Ah Carlos! no me riñas así, dijo la niña pasando sus alabastrinos y torneados brazos por el cuello del jóven, ¿si tú pudieras ver el efecto que causan tus palabras en mi corazon, no le desgarrarias de esa suerte! ¡Cruel!... estaba pensando en tí, en tí únicamente, ¿eres tan hermoso!... ¿tus ojos tienen tal espresion, su mirar es tan tierno! te esperaba ansiosa, es la hora en vienes á buscarme todos los dias. Yo queria verte, queria estar contigo, porque á tu lado la vida es ensueño agradable. ¡Oh! yo no volveré á salir sin tí, hoy te vi tan taciturno que tus miradas comunicaron á mi alma una mortal tristeza; y sin saber que hacia me dirigí á este sitio pensando en adivinar la causa de tu pena secreta, y á pesar mio me detuve aquí porque no acertaba á descubrirla: prométeme que mañana me confiarás tu pena, yo te consolaré, tu tormento se mitigará y vendremos juntos á este sitio.

—¡Mañana! repitió Carlos con triste voz y



volvió la cabeza para ocultar una lágrima que se desprendió de sus párpados.

—Y bien, ¿mañana? ¿qué quieres decir con eso, mi Carlos? dijo Ana apresuradamente.

—Mañana, hermana mía, parto á doscientas leguas de aquí.

—¿Gran Dios!

—Sí, mi tía me manda á unos negocios suyos, no hay remedio, tú bien sabes lo que es ella; le agrada que la obedezcan sin replicar.

—Y.... ¿cuando volverás?

—Nunca!

—¿Oh, nunca, nunca! eso no puede ser, no será.... yo partiré contigo.... tú no has de ser tan cruel que me dejes abandonada, á mí, á tu hermana.

—Mi hermana.... y al decir esto vió á Ana tristemente: la impresion de su rostro indicaba la lucha que interiormente padecía. Ana advirtió que algun secreto le ocultaba, y turbada le dijo:

—Carlos mio, ¿qué me ocultas? ¿qué sientes? dímelo, por piedad.

Carlos tomó una mano de su jóven prima, y llevándola á su corazón la dijo:

—Quería, y debia callar; pero voy á separarme de tí, quizá no te veré mas y no tengo fuerza para callar: ¿sientes latir mi corazón? palpita por tí, sí, yo te adoro y voy á perderte; mi tía ve los progresos de mi pasión, y con pretextos bien frívolos me manda alejar de tí.... el Sr. de Morán pide tu mano, y ella....

—¿Se la ha concedido? dijo Ana enagenada: ¿Y hoy me dices que me amas? ¡infeliz! yo no puedo ocultarte que solo he vivido para tí, ¿y tú dejarás que me sacrifiquen? no, no, me arrebatarás de las manos de los tiranos que quieren matarme.... Pero ¿qué digo? no, tú no puedes hacer mas que dejarme morir y obedecer. ¡Oh Dios mio, todo lo he perdido!.... y cayó desfallecida en los brazos de su amante. Carlos la condujo en sus brazos hasta muy cerca de la casa, y allí la dijo:

—Ana mia, ten valor, cobra serenidad, mi tía va á verte pronto, que no sospeche que te he hecho sabedora de mi secreto. La tomó el brazo, enjugó su llanto, y un minuto despues estaban en casa de la señora de Alva.

## II.

La Sra. de Alva, muger de carácter áspero, é incapaz de tener amor á nadie, habia amado sin embargo, entrañablemente á su hermano Enrique padre de Ana, el cual habia muerto de pena por haber perdido á su esposa á los dos años de su matrimonio, dejando á su que-

rida hija bajo la tutela de su hermana en cuyos brazos espiró. La Sra. de Alva amó á su sobrina mientras fué pequeña; mas á medida que esta crecia su cariño disminuía, tanto, que cuando esta cumplió los quince años acabó por aborrecerla. ¡Pobre huérfana! su tía era envidiosa y veía en Ana un obstáculo para la realizacion de una esperanza que habia nacido en su corazón: habia cobrado afecto á Carlos su sobrino, veía que los dos primos se amaban con ternura, y formó el proyecto (infame á la verdad) de deshacerse de Ana, casándola con el primero que pretendiese su mano. Habia imaginado que arrebatándosela á Carlos, el jóven se consolaría viendo que no habia remedio y se casaría con ella: ¡cuánto se engañaba! Llegaron los dos jóvenes á su presencia y mandó á Carlos que se retirara, hizolo así, y quedándose sola con Ana, la dijo:

—No sabes hija mia, que quiero asegurar tu suerte?

—De que modo: contestó Ana temblando.

—El Sr. de Morán, rico, amable, no jóven....

pero cuya edad no es muy desproporcionada á la tuya, pues tiene cuarenta y cinco años.... pide tu mano, yo se la he concedido con la seguridad de que tu siempre has sido una hija dócil y obediente, y creo que ahora lo acreditarás.

—Sin embargo, tía mia, yo jamas he tratado al señor de quien voz me habláis....

—¿Te digo acaso que te cases ahora mismo? dentro de un mes.... tienes tiempo para conocerlo.

—Soy muy jóven aún.

—Tienes muy buena edad.... ademas ya basta de trataros con buenas razones. esos son frívolos pretextos que yo no sufriré, vos me obedecéis de grado ó por fuerza; no gusto de suplicar, ó si no quereis casaros dentro de un mes con el Sr. de Morán, os ireis á un convento, porque algo habeis de ser en esta vida.... no quereis casaros cuando se os proporciona; yo no he de vivir eternamente y no teneis una tan crecida renta.... pensadlo bien, quince dias os doy de término; ya sabeis, ó el matrimonio ó el claustro, ó mi amor y reconocimiento, ó mi aborrecimiento eterno, elegid: hasta que resolvais no volveré á veros; retiraos. La jóven lo hizo así sin replicar: luego que estuvo en su cuarto abrió la ventana que caía al jardín para respirar el aire libre, porque la opresion que sentía su corazón la hacia morir; se echó en un sillón, y cubriéndose el rostro con ambas manos, lloró.... ¡cuánto le consolaron aquellas lágrimas! Un ligero ruido vino á sacarla de su enagenamiento.... ¿Ana? dijo un

voz dulce, una voz que resonó en lo íntimo del corazón de la afligida virgen y la volvió á la vida, era.... la voz de Carlos. Se levantó ella aceptadamente, se acercó á la ventana donde estaba Carlos.

El infeliz todo lo habia escuchado, y venia á saber la última resolucion de la muger que amaba, á oír de su divina boca las protestas de amor de que tanto necesitaba aquel desgraciado corazón.

—Ana mia, ¿es verdad que tú no consentirás en unirte á otro que no sea tu amante?... ¡ah! no, tú me perteneces, tú eres mia, y no lograrán separarnos, ¿no me has dicho que me amas? pues huyamos.

—Sí, Carlos, si te amo; pero huir contigo? jamas, Carlos, seria un escándalo, reflexionalo bien y verás como, solo en un momento de delirio puedes haberme propuesto semejante idea; no, no, prefiero perderte para siempre, que manchar mi honor con un borron que jamas se lavará.

—¿Qué loco soy! dices muy bien, yo seria un infame si quisiera obligarte á huir conmigo, ¡oh! no mancharé tu frente pura.... no, yo no seré quien cause tu desgracia, demasiado infeliz eres; pero verte en brazos de otro sabiendo que me amas, es muy cruel: no, Ana, no, yo moriría.

—¿Y el claustro? dijo Ana con acento desesperado.

—¡Ay! de todos modos es fuerza separarnos; qué triste es nuestra suerte!

—¡Oh! sí, muy triste.... Ana se quedó por unos instantes como pensando en algo, y luego dijo poniéndose pálida.

—Carlos, estoy decidida.... el convento de la Concepcion recibirá dentro de poco mis tristes votos; ya lo ves, Carlos amado, voy á encerrarme en un claustro para siempre pero no te seré infiel, no seré nunca del hombre odioso que nos hace infelices, voy á hacer este sacrificio por tí.... ¡oh Carlos! págame con otro. alejate de mí, si tú estás aquí no tendré valor para pronunciar el juramento que me separa de tí y del mundo.... ¡ah Carlos! hazlo por mí, alejate.... Carlos zolozaba. Luego que pudo hablar dijo con triste voz.

—Es justo, muger celestial, hacer esto y mucho mas por tí aunque mayor sacrificio para mí no puede haberlo.... ¡Ana, adios! esta misma noche partiré....

La pobre jóven dirigió una mirada á Carlos en la que iba toda su alma, apretó la mano de su amante con agitacion, Carlos la besó, pro-

nunció un ¡adios!.... con desesperacion, y una hora despues el galope de un caballo que salia por el jardín, vino á interrumpir por pocos instantes el triste silencio de la infeliz jóven.... aquel galope resonó en lo íntimo de su pecho... y cayó sin sentido....

## III.

¡El plazo se habia cumplido! Ana se presentó ante su tía: ¡qué mutacion en quince dias! ya no era aquella Ana bulliciosa de rostro sonrosado y que respiraba alegria, ahora estaba pálida, estenuada, andaba con dificultad; su hermoso cabello rubio estaba suelto, y traía un vestido blanco; semejante en su palidez á una muger que llevan al suplicio, sin embargo, ¡cuán hermosa estaba todavia!

Por fin su tía la hizo sentar, y asustada del mortal semblante de Ana, volvió el rostro para ocultar su turbacion. Permanecieron en silencio algunos instantes, la Sra. de Alva le rompió diciendo con voz cariñosa á su sobrina.

—Pienso encontrarte mas sumisa que el otro dia, y creo que vendrás á decirme que estás pronta á dar tu mano....

Ana no la dejó concluir, no queria oír mas ese nombre odioso, el nombre de aquel que habia disipado su felicidad para siempre.—Señora, le respondió, vos habeis dejado á mi eleccion el claustro ó el matrimonio, ¿no es esto? pues bien.... elijo el claustro.

—¿Qué dices! lo has pensado bien?

—Mi resolucion es invariable, señora.

La Sra. de Alva calló por un momento: de todos modos me deshago de ella, dijo para sí, ademas, ella lo quiere.... Bien, hija mia, dentro de tres dias irás á la Concepcion, no quiero contrariar tu gusto.

—¿Dentro de tres dias! repitió Ana tristemente.

—Puedes retirarte, dijo la Sra. de Alva con sequedad.

Ana lanzó una mirada como implorando la compasion de aquel corazón duro.... su tía volvió la cara, Ana se retiró; no hay remedio, dijo, y dió un gemido sordo porque no podia llover, sus lágrimas se habian agotado: ¡cuánto habia padecido! consuélate infeliz, presto acabarán tus tormentos.

## IV.

Era el dia ocho de diciembre, dia en que se celebra la Concepcion inmaculada de la Reina de los cielos: era el dia fijado para la profesion de Ana: la hora se acercaba, los parientes de Ana estaban ya reunidos, solo se esperaba á la jóven novicia. Llegó por fin esta, todos al ver-